

çian palomas y tenían el pico y los piés colorados y mataron muchas; y un poco adelante en la misma isla hallaron infinitas ánsares marinas, que en mas espacio de media legua de longitud, y la mitad ó quarta parte de latitud, cubrían todo el campo y no sabían volar: y mataron tantas avés destas que hincheron el esquiife que mas no podía llevar; y cada páxaro destes abierto sin tripas y sin cuero y sin pluma era de siete ú ocho libras de peso. Y con este bastimento se partieron en busca del Estrecho y de las naos: y aquel día llegaron hasta la boca del río que no pudieron andar mas, porquel tiempo no les dexaba, y allí salieron en tierra y vararon el esquiife. Y otro día por la mañana, queriendo prosseguir su camino, llegó un Bartolomé Dominguez, vecino de la Coruña, con otros quatro hombres que por mandado del capitan Johan Sebastian del Cano, yban á buscar á estotros, y á hacerles saber que las naos estaban ya en el Estrecho, y traía una carta del capitan, en la qual le decía que la nao Sancti Spiritus se avia perdido por sus pecados, y que vista su carta, se fuesen luego para él. Por lo qual dexaron el esquiife y sus páxaros y se fueron por tierra y anduvieron veynte leguas de muy áspero camino y tierra, y aunque no de montañas, era de muy espessos y çerrados boscajes y árboles.

### CAPITULO VI.

Cómo el capitan general, frey Garcia Jofre de Loaysa, se juntó con las otras naos del armada, y de otra fortuna que se les siguió, y de los gigantes y gente del Estrecho de Magallanes, el qual nombre á estos gigantes patagones se lo dió Magallanes.

A los veynte y dos dias del mes de enero del año ya dicho de mill é quinientos y veynte y seys, llegaron las naos capitana y Sanct Gabriel y el patax que venían la vuelta del Estrecho, y en doblando el cabo de las Virgines, fué en tierra el esquiife del patax y tomó al thesorero

Donde aquella nao se perdió es un embocamiento que se llama el Cabo de las Onçe mill Virgines, que está en la entrada del Estrecho; y quando estos compañeros allá llegaron, ya era ydo el capitan Johan Sebastian del Cano á dar puerto á las otras naos. Aquella misma noche catorçe del mes (que fué el mismo día que el río que dicho descubrieron), surgieron essa noche con tanta fortuna de mar y de viento, que perdieron los bateles todas las naos y comenzaron á garrar; y finalmente, que la nao Sancti Spiritus se perdió y se anegaron nueve hombres, y los demas se salvaron con mucho trabaxo, é hicieron sus choças en tierra, y cobraron la mayor parte de la ropa y hacienda del Rey é la suya. El segundo día ovieron otra mayor fortuna que la primera, y la nao Anunciada, perdidas las amarras y el batel, arribó la vuelta de la mar, y las otras naos se pusieron al reparo, alijando y haciendo echaçon de toda el artillería que tenían, y en la Anunciada estaba el capitan Johan Sebastian, en que se avia embarcado para dar puerto á las otras naos. El qual tornó á los diez y ocho del mes á entrar en la bahia de las Onçe mill Virgines; y teniendo buen tiempo próspero, embocaron en el Estrecho y tomaron puerto las tres naos nombradas Anunciada, Sancta María del Parral y Sancto Lesmes.

Bustamante y á este clérigo don Johan; y fueron á la nao capitana á le decir cómo la nao Sancti Spiritus era perdida, y que el capitan general no surgiese allí en ninguna manera, sino que pues tenía buen tiempo, fuesse á embocar en el Estrecho. Y assi lo hizo, y dado este aviso, este

padre se fué al patax y en él fué hasta la bahia, donde estaban las otras tres naos, y embocando en el Estrecho, surgieron por causa de las corrientes (que allí son grandes). Y allí llegó el capitan Johan Sebastian con el esquiife y entró en el patax y tomó en su compañía á este padre clérigo; y fueron á la nao capitana y acordaron con el general que fuesen las dos caravelas y el patax por la gente y por las otras cosas que avian escapado de la nao Sancti Spiritus, al cabo de las Onçe mill Virgines con el dicho capitan Johan Sebastian del Cano. Y assi se puso en efeto, y tomaron la gente y todo lo que se halló, aunque con mucho trabaxo y fortuna de viento y mar; y cargóles tanto el tiempo, que ovieron de dexar los ajustes é yr la vuelta de la mar. Con esta tormenta, la nao capitana y las otras restantes que estaban en la bahia de la Victoria, tovieron tanta fortuna, que la capitana garró sobre la tierra y estuvo tres dias dando en tierra con el codaste, y cortó todas las obras muertas y quebró el timon, é hicieron echaçon de los çepos del artillería y de las pipas y otras cosas las que tovieran á mano. Y escapó el capitan general con toda la gente en tierra, y quedaron solamente en la nao el maestre y contramaestre y quatro ó cinco marineros; esperando, á mucho peligro, lo que Dios haría della. Desde á tres dias vino buen tiempo con bonança, y sacaron la nao é hicieron á la vela la vuelta de la mar, para yr al río de Sancta Cruz con las otras dos naos; y todas cinco se fueron á Sancta Cruz, exçepto el patax que quedaba en la bahia arriba dicha, do estaba el capitan Santiago de Guevara y el clérigo don Johan, los quales no sabían cosa de la tormenta que dicha; antes pensaban que las naos todas estaban en el Estrecho en la bahia de la Victoria, la qual está dentro del Cabo bien veynte leguas. Y acordaron el capitan Santiago

y este padre quel mismo clérigo fuesse en busca del capitan general y de las naos con tres compañeros por tierra y con provision para quatro dias y para quarenta leguas; y assi lo puso por obra, porque el clérigo, segund lo que yo congeturé de su persona, dispuçion tenía para trabaxar; y quando le ví el año de mill é quinientos y treynta y cinco, me pareció que esos mismos años deste número treinta y cinco podría él aver, ó poco mas. Al qual oy decir que quando él y sus compañeros yban por la costa de la mar la vuelta del Estrecho, vian en tierra muchas dantas bravas, grandes y á manadas, é huían de los chripstianos, relinchando como potros, é yban á saltos, como lo suelen hacer los venados. É vieron muchos ratones sin colas, que creía este padre ó le dixeron los de la compañía que se llamaban hutías; pero yo creo que no debían ser sino *coris*, porque parecen algo ratones, é no tienen colas, é la hutia tiene cola como el raton, como lo dixen en el libro XII de la primera parte desta *General historia*.

El camino queste padre clérigo y sus compañeros hacían era trabajoso, de muchas çiénagas é lagunas, pero de buena agua; é hallaban muchas endrinas salvajes y buenas (y para quien no tuviesse otra cosa que comer). En fin de los quatro dias, llegaron á la via de la Victoria, donde pensaban hallar al capitan general, lo qual no podía ser, porque le dexaban atrás mas de çinquenta leguas en Sancta Cruz, como se dixo de susso. Y assi siguieron hasta una legua adelante de la bahia de la Victoria, é hallaron muchos ranchos y choças de los patagones, que son hombres de treçe palmos de alto, y sus mugeres son de la mesma altura. Y luego que los vieron salieron las mugeres á ellos, porque sus hombres eran ydos á caça, é gritaban y capeaban á estos chripstianos, haciéndoles señales

que se detoviesen atrás; pero los chripstianos, como tenían ya costumbre de hacer la paz con ellós, luego començaron á gritar diciendo *o o o*, alçando los braços y echando las armas en tierra, y ellas echaban assi mesmo los arcos, é hacían las mesmas señales, é luego corrieron los unos para los otros y se abraçaron.

Decía este padre don Johan que él ni alguno de los chripstianos (que allí se hallaron) no llegaban con las cabeças á sus miembros vergonçosos en el altor con una mano, quando se abraçaron; y este padre no era pequeño hombre, sino de buena estatura de cuerpo. Luego los chripstianos les dieron cascaveles y agujas, y otras cosas de poco presçio; é los cascaveles ensartábanlos en hilós é poníanlos en las piernas; é como se meneaban y oían sonido dellos, daban brincos y saltos con ellos y espantábanse de los cascaveles, é con mucha risa goçábanse, maravillados dello. Yo quise informarme que cómo sabían esos chripstianos y el clérigo que lo ques dicho era la costumbre de se hacer la paz con essas gentes gigantéas: é díxome que ya avian visto antes de aquestos hombres, como adelante se dirá en el capítulo siguiente. Los arcós eran cortos y

reçios y anchos, de madera muy fuerte, y las flechas como las que usan los turcos y con cada tres plumas, y los hierros dellas eran de pedernal, á guisa de harpones ó rallones bien labrados. É son muy grandes punteros y tiran tan çierto como nuestros ballesteros ó mejor. Traen en las cabeças unos cordeles, en torno sobre las orejas, y entrellas y la cabeça ponen las flechas, á guisa de guirnalda con las plumas para arriba, y de allí las toman para tirar; y desta manera salieron aquellas mugeres. Es gente bien proporcionada en la altura ques dicho: andan desnudos que ninguna cosa traen cubierta sino las partes menos honestas de la generaçion, é allí traen delante unos pedaços de cuero de danta. Este nombre danta dánsele los chripstianos á aquellos cueros, no porque sepan que son de dantas: que á la verdad no lo son; sino unos animales que tienen el cuero grueso, como de danta ó mas. Adelante, quando se hable en las cosas de Castilla del Oro, se dirá mas largamente qué animales son estos, porque segund lo que entendí deste padre clérigo, son los mismos animales que en la provincia de Cueva llaman beorí, donde yo los he visto y comido en la Tierra-Firme.

### CAPITULO VII.

De lo que acaesçió al clérigo don Johan de Areyçaga y sus compañeros con los palagones gigantes, é de la prosseuçion de su camino en busca de las naos y armada.

Assi como las mugeres gigantas que es dicho hicieron las paçes con esos chripstianos, lleváronlos á sus ranchos donde vivian, é aposentáronlos uno á uno por sí separados por los ranchos: é diéronles ciertas rayçes que comiessen, las quales al prinçipio amargan; pero usadas, no tanto, y diéronles unos muxiliones grandes, quel pescado de cada uno era mas de una libra y de buen comer. No desde á media hora questaban en los ranchos, vi-

nieron los hombres dessas mugeres de caça, é trayan una danta que avian muerto, de mas de veynte ó treynta arrelde; la qual traya á cuestras uno daquellos gigantes, tan suelto y sin cansaçio, como si pessara diez libras. Assi como las mugeres vieron á sus maridos, salieron á ellos, é dixéronles cómo estaban allí esos chripstianos, y ellos los abraçaron de la manera que se dixo de susso, y partieron con ellos su caça, y començaron

de la comer cruda como la trayan, quitando lo primero el cuero, y dieron al clérigo un pedaço de hasta dos libras. El qual lo puso al fuego para lo assar sobre las brassas, y arrebatólo luego uno daquellos gigantes, penssando que el clérigo no lo queria, é comióselo de un bocado, de lo qual pessó al clérigo, porque avia gana de comer y lo avia menester. Comida la danta, fueron á beber á un poço, donde estos chripstianos fueron asimesmo á beber; y uno á uno bebían los gigantes con un cuero que cabia mas de una cántara de agua, é aun dos arrobas ó mas: y avia hombres daquellos palagones que bebían el cuero, lleno tres veces á reo, y hasta que aquel se hartaba, los demas atendían.

Tambien bebieron los chripstianos con el mismo cuero; y una vez lleno, bastó á todós ellos y les sobró agua, y maravillábanse los gigantes de lo poco que aquellos chripstianos bebían. Como ovieron acabado de beber, se tornaron los unos y los otros á los ranchos, porque el poço estaba desviado dellos en el campo, é ya era anochesçido, é aposentáronlos uno á uno como ya se dixo.

Estos ranchos (*lám. 1.ª fig. 1.ª*) eran de cuero de danta, adobado como muy lindo y polido cuero de vaca, y el tamaño es menor que de vaca; y pónenlo en dos palos contra la parte de do viene el viento, é todo lo demas es estar descubierto al sol y al agua: de manera que la casa no es mas de lo que es dicho, y en esso consiste su habitaçion, é toda la noche estan gimiendo y tiritando de temblor del exçesivo frio (porques frigidíssima tierra á maravilla); y es nescessario que lo sea, porque está en los çinquenta y dos grados y medio de la otra parte de la equinoçial, á la parte del antártico polo. No hacen fuego de noche, por no ser vistos de sus enemigos, y de continuo viven en guerra, y por pequeña causa ó antojo mu-

TOMO II.

dan su pueblo y casas sobre los hombros y se passan á donde quieren: que son tales como he dicho. Esta veçindad ó ranchos eran hasta sessenta ó mas veçinos, y en cada uno dellos mas de diez personas. Toda aquella noche estovieron estos pocos españoles con mucho desseo y temor, esperando el dia para se yr, si pudiesen, en paz á donde avian dexado su nao; la qual quedaba mas de quarenta leguas de allí, y no tenían que comer ni dineros para lo comprar, y caso que los tovieran, aquella gente no sabe qué cosa es moneda. Quando á la mañana se despidieron de los gigantes, fué por señas no bien entendidas de los unos ni de los otros; y guiaron los españoles háçia la ribera y costa, por ver si hallarian con diligencia alguna señal ó vestigio de las naos, porque como tengo dicho, allá estuvieron surtas la capitana y otras dos.

Bien creían estos compañeros, segund este clérigo decía, que aquellos gigantes hicieron lo que despues hicieron, sino fuera por un perro que llevaban consigo, de quien aquella gente temia mucho; porque el perro se mostraba tan feroz y bravo contra ellos, que apenas lo podían tener los chripstianos ó refrenar su denuedo. Assi como llegaron á la costa, vieron maderos y çepos del artillería y botas que la nao, con la fortuna que se dixo, avia alijado; y por esto sospecharon lo que les avia acaesçido, é prosiguieron su camino. É quando fué de noche, llegóronse á la costa y hallaron algund marisco y lapas que comieron crudas, y echáronse á dormir, haciendo hoyos en el arena y cubriéndose con ella, exçepto las cabeças; é passaron essa noche mucho frio y hambre, allende de su cansaçio.

El dia siguiente atravessaron por valles y montes, creyendo atajar su viaje, sin hallar qué comer sino unos granitos que nasçen en aquellos campos, fructa no conocida ni mala; y tambien hallaban al-